



TOMA DE JERUSALEN

POR LOS CRUZADOS,

EL AÑO DE 1099.

MUCHO se ha escrito contra las cruzadas: muchos autores se han empeñado en hacer á la religion responsable de los males reales ó supuestos de que fueron causa.—“Aquellas guerras,” han dicho, “aquellas guerras inspiradas por un celo de religion mal entendido, han costado á la Europa dos millones de hombres, y no han tenido mas resultado que trasportar al Asia inmensas sumas, enriquecer al clero y á los frailes, arruinar á los nobles y aumentar el poderío de los Papas.” ¿Es razonable, es exacto este juicio?

Perecieron, si se quiere en aquellas guerras dos millones de hombres libres, pero que oprimian á veinte millones de siervos del terruño: se trasportaron al Asia sumas inmensas, pero se aprendió el secreto de traer á Europa otras mas considerables por medio del comer-

(47)

cto. El clero y los frailes se enriquecieron comprando tierras, pero estas tierras estaban inculcas, y en sus manos se hicieron productivas: la nobleza se arruinó, pero perdió la costumbre del latrocinio y de la independencia feudal: si aumentó el poder de los Papas por algún tiempo, el de los Musulmanes, seguramente mas temible, fué reprimido y puesto fuera de estado de invadir de nuevo á la Europa entera. Cuando se hallan pesado estas diferentes consideraciones, se verá de qué lado debe inclinarse la balanza.

La historia de las cruzadas es la epopeya de la Europa cristiana, como la Iliada es la epopeya de la Grecia pagana: es una mezcla de barbarie y de grandeza, de virtudes sublimes y de desenfrenadas pasiones, un poema, la mitad del cual parece escrita por un ángel, y la otra mitad por un demonio. ¡Tristes misterios de la naturaleza humana! Acaso este misterio no es nunca mas patente que en la relacion de la toma de Jerusalem.

Llegaron los cruzados delante de esta ciudad el séptimo día de Junio de 1099. De aquella innumerable muchedumbre de soldados, de caballeros, de barones, de guerreros de todas condiciones y de todas edades que habian salido de Europa, no quedaban ya mas que veinte mil infantes y mil quinientos caballos. Al acercarse estas fuerzas, el teniente del califa, comandante supremo de Jerusalem, habia hecho cegar ó envenenar las cisternas, y se habia rodeado de un desierto donde los Cristianos debian hallarse espuestos á toda especie de miserias: los víveres, todas las provisiones necesarias para sufrir un largo sitio, estaban acopiados en los almacenes de plaza: multitud de jornaleros se ocupaban día y noche en abrir zanjas y fosos, en reparar las torres y las murallas. La guarnicion ascendia á cuarenta mil hombres, y veinte mil habitantes habian tomado las armas. Tenian, pues, los sitiadores grandes medios de defensa; pero los sitiadores estaban animados de un entusiasmo que rayaba en delirio, y de un valor impertérito.

Su primer paso sin embargo fué un revés. Exaltados por las arengas de un gran número de cristianos á quienes los Musulmanes habian echado de Jerusalem, por las predicaciones de un ermitaño del monte de los Olivos, sobre todo por la vista de la ciudad Santa, y por todos los recuerdos que hallaban en sus cercanías, los menos crédulos esperaron que Dios protegeria su arrojado con milagros, y sin haber preparado una sola máquina de guerra, se atrevieron á dar un primer asalto. Unos, reunidos en batallones cerrados, se cubrian con sus escudos que formaban sobre sus cabezas una bóveda impenetrable, y pugnaban por derribar las murallas á lanzadas y martillazos; otros, colocados á cierta distancia, se servian de la honda y de la ballesta para separar á sus enemigos de lo alto de sus fortificaciones. Ya á pesar de la pez hirviendo, de las piedras y de los enormes maderos que hacian llover sobre ellos, se habia desmoronado el antemuro, pero la muralla interior les oponia una resistencia invencible: probaron tambien una escalada aunque no habia mas que una escala de la altura de las murallas, pero todo aquel valor fué inútil. Los pocos caballeros que llegaron á los baluartes no pudieron conservar sus posiciones: el ejército tuvo que retirarse lamentando su imprudencia, y con la seguridad de que era preciso esperar y construir máquinas de guerra ántes de intentar un nuevo ataque contra Jerusalem.

Fué preciso, pues, proporcionarse la madera y los materiales necesarios á costa de mil afanes y venciendo las mayores dificultades; el hambre vino á unirse á los mas ardientes calores del verano para abatir la resolucion y las fuerzas de los cruzados. Un sol devorador, y los vientos del mediodia cargados del polvo del desierto, incendiaban el horizonte: las plantas, los animales, perecian: el torrente del Cedron estaba desecado. La fuente de Siloe, que no corria sino de cuando en cuando, solo bastaba á las necesidades de un corto número; en fin, bajo un cielo de fuego, en medio de

un campo árido y abrasador, pronto el ejército cristiano se halló espuesto á todos los horrores de la sed.

Acaso iban ya el desaliento y la desesperacion á apoderarse de los sitiadores, cuando se supo que habia entrado en el puerto de Joppé una escuadra genovesa, cargada de víveres y de municiones de toda especie: un cuerpo de trescientos hombres se destacó del campo para salir al encuentro del comboy, cuya llegada parecia ser un favor de la Providencia. Al llegar á Joppé, que se hallaba ocupado por los Genoveses, supieron los cruzados que la escuadra cristiana acababa de ser sorprendida é incendiada por los infieles, pero que habia habido tiempo para sacar los víveres y una gran cantidad de instrumentos propios para construir máquinas de guerra: todo lo que se pudo salvar se llevó al campamento de los Cristianos. Este socorro reanimó su energía, y desde aquel momento los trabajos del sitio se llevaron adelante con suma actividad.

Entre las máquinas que se construyeron, hacianse de notar tres enormes torres de una forma enteramente nueva. Cada una de aquellas torres tenia tres pisos: el primero, destinado á los operarios que dirigian sus movimientos; el segundo y el tercero á los guerreros que debian dar el asalto. Estas tres fortalezas movilizadas se elevaban á mayor altura que las murallas de la ciudad sitiada. Habíase adaptado á su cima un puente levadizo que se podia bajar sobre la muralla, y que debia ofrecer un camino para penetrar en la plaza.

En la noche del 11 al 12 de Julio, Godofredo de Bullon, duque de Lorena, caudillo general de los cruzados, hizo llevar todas las máquinas de guerra en frente de las murallas que queria atacar: aquella traslacion se hizo en tres dias en medio de los mayores peligros y habiendo sido preciso cegar varios barrancos. El 14 de Julio, resonaron los clarines y dióse la señal del asalto: todos los cruzados volaron á las armas, todas las máquinas se pusieron en movimiento á un mismo tiempo. Multitud de pedreros y de catapultas vomitaban un diluvio de piedras contra el enemigo, mientras que con ayuda de

tortugas y de galerías cubiertas se acercaban los arietes á las murallas. Por el Mediodía, por el Norte y por el Oriente de la ciudad, las tres torres rodaderas se adelantaban á los muros, y desde lo alto de estas fortalezas los gefes del ejército animaban á sus soldados con la voz y con el ejemplo; pero en todas partes hallaron una tenaz resistencia. Las flechas, las javelinas, los fuegos griegos, el aceite hirviendo, catorce máquinas que los Sarracenos habian tenido tiempo de oponer á las de sus enemigos, rechazaron en todos los puntos el ataque y los esfuerzos de los acometedores. Para colmo de desgracia, los infieles, saliendo por una brecha abierta en sus murallas, destruyeron en parte las máquinas de los Cristianos é introdujeron la confusión en las filas de su ejército. La noche separó á los combatientes.

Al dia siguiente, 15 de Julio, empezó de nuevo el combate por ambas partes con igual furia. Los cruzados, atónitos de hallar en los sitiados diez veces mas recursos y mas valor de lo que creian, iban á acaso á desmayar, cuando de repente se apareció un caballero sobre el monte de los Olivos, blandiendo su lanza y dando la señal para entrar en la ciudad. Godofredo de Bullon, Raimundo de Tolosa, lo ven los primeros, y esclaman que San Jorge acude en auxilio de los Cristianos. El tumulto del combate no admite reflexion ni oxámen: la vista del caballero celestial inspira á los cruzados un ardor irresistible: una infinidad de brazos empujan las torres rodaderas hácia las murallas, y una multitud de dardos inflamados vuelan contra las máquinas de los sitiados, contra los sacos de paja y los fardos de lana que cubrian las últimas fortificaciones de la ciudad: el viento enciende el fuego é impele la llama sobre los Sarracenos. Bájase el puente levadizo de la torre de Godofredo: el valeroso caudillo se lanza el primero: los infieles, envueltos en torbellinos de llamas y de humo, amenazados por todas partes por las lanzas y las espadas de los Cristianos, se desordenan en fin, retroceden, y Jerusalem cae en poder de los cruzados.

Terrible fué la primera embriaguez de la victoria. Los cruzados, exasperados por la larga resistencia de los sitiados, fueron implacables: mugeres, niños, ancianos, todos fueron pasados á cuchillo. Los Musulmanes, viendo que ninguna merced tenian que esperar de tan feroces vencedores, se atrincheraron en sus casas, en sus calles, en sus templos, y pelearon con todo el arrojé de la desesperacion. ¡Inútiles esfuerzos! Jerusalem oyó el último suspiro del último de ellos, y en el antiguo templo de Salomon, que habian convertido en su principal mezquita, fué tal la carnicería que, si hemos de dar crédito á los autores contemporáneos, los caballos se hundian en sangre hasta los hijares.

Entre tanto, apenas fué segura la victoria, Godofredo de Bullon, dejando á sus compañeros manchar su triunfo con aquellas atrocidades, fué seguido solamente de tres servidores, desarmado y descalzo, á la Iglesia del Santo Sepulcro, y por efecto de una evidente combinacion de la Providencia, el mas ilustre de los príncipes cruzados fué el primero que se prosternó delante de la sagrada sepultura que habian ido á conquistar.

Este acto de devocion, cuya noticia se divulgó inmediatamente, edificó á todo el ejército y le recordó sus deberes. Al punto todas las venganzas, todos los furorés se sosiegan: los cruzados se despojan de sus vestidos ensangrentados, hacen resonar los ecos de Jerusalem con sus gemidos y sus sollozos, y conducidos por el clero, caminan todos juntos, descalzos y la cabeza descubierta, á la iglesia de la Resurreccion.

Cuando se reunió el ejército cristiano sobre el Calvario, ya la noche empezaba á caer, el silencio reinaba en las plazas públicas, y alrededor de las murallas no se oian ya en la ciudad santa mas que los cánticos de la penitencia y las palabras de Isafas. *¡Vosotros los que amais á Jerusalem, rogociaos con ella!* Mostraron en tonces los cruzados una devocion tan viva y tan tierna que no parecia sino que aquellos hombres que acababan de tomar una ciudad por asalto y de cegarse en

una horrible matanza, salían de un largo retiro y de una profunda meditacion sobre los santos misterios. ¡Ah! ¡Lástima es que aquel piadoso fervor no hiciese mas que suspender momentáneamente aquellas escenas carniceras y aquellos abominables escesos que no pueden justificar ni la barbarie de los tiempos, ni los largos insultos de los Sarracenos, ni los males que habian sufrido los cruzados durante el sitio!

La historia ha señalado en sus fastos que los Cristianos entraron en Jerusalem en viérnes á las tres de la tarde, el mismo dia y á la misma hora en que espiró Jesucristo por la salvacion de los hombres.



*La Real y distinguida Orden Española de Carlos III
á que pertenece S. A. S. el General Presidente
D. Antonio Lopez de Santa-Anna.*

Instituida por S. M. á 19 de Septiembre en celebridad, y por reconocimiento de haber concedido el cielo en aquel dia al príncipe y princesa de Asturias la deseada sucesion en el felicísimo nacimiento del infante. Fundó S. M. esta Real Orden bajo la soberana proteccion de Maria Santísima en el misterio de su inmaculada Concepcion, declarándose S. M. gefe y Gran-Maestre para nombrar caballeros, ministros y cuanto pertenezca á esta Real Orden por sí, y por todos los reyes sus sucesores.

Consta de dos clases: una de caballeros GRANDES-CRUCES, cuyo número será de sesenta: y otra de caballeros PENSIONADOS, que serán doscientos, reservándose S. M. el derecho de aumentar, ó disminuir el número como le pareciere conveniente. Para GRAN CRUZ se necesitan 25 años cumplidos, á escepcion de las personas Reales: y en estando completo el número de sesenta, habrá cuatro prelados eclesiásticos, de mas del GRAN CANCELLER, que se considera como primer Caballero Gran-Cruz despues de las personas reales. Entre los 200 Caballeros pensionados, los veinte (y no mas ni menos) serán eclesiásticos distinguidos.

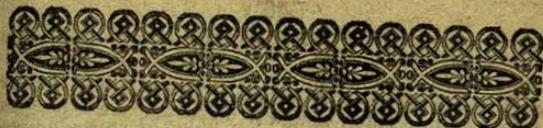
Los Grandes-Cruces tienen tratamiento de *Exelencia* con todos los demas honores consiguientes. Sus insignias son banda ancha de color azul celeste con perfiles blancos, y sobre ella una cruz semejante á la de Sancti-Espíritu, con imágen de la Concepcion por un lado, y por otro la cifra del nombre del rey, con el mote al rededor; *virtud y mérito*, y encima corona real. Al

lado izquierdo en la casaca, escudo bordado de plata en forma de cruz, de la echura dicha con la imágen, cifra, y mote referido. En las solemnidades, collar en los hombros con eslabones de oro, compuestos de la cifra del rey, y al extremo la imágen de la Concepcion. Los Eclesiásticos Gran-Cruces llevan la insignia de esta Orden colgada al cuello con la cinta correspondiente y en vistiendo de corto, el escudo bordado de plata al lado izquierdo de la casaca, y sobre la capa la insignia regular. Los ministros seculares de la Orden tienen la misma Cruz al cuello, pendiente de la espesada cinta.

La insignia de los Caballeros Pensionados, es Cruz mas pequeña que la de los grandes Cruces, colgada de cinta azul con perfiles blancos al ojal de la casaca. Los eclesiásticos de esta clase de caballeros pensionados tienen la insignia de esta Orden, en el modo acostumbrado en las Ordenes militares.

El manto de los caballeros seculares Grandes Cruces en las funciones solemnes, es de moer blanco, á otra tela de seda correspondiente; con Muzeta azul celeste moteada de plata, cosidas en el mismo manto dos fajas anchas desde el cuello á los pies, del color y moteado que la Muzeta: dos cordones largos de mezcla de seda azul y plata; sombrero liso con plumage blanco; y sobre la chupa el cingulo Ecuestre del mismo color y motas que el manto. Los caballeros pensionados tienen manto del mismo color, pero de tela de lana, y el moteado sobre la faja azul, algo diverso de los otros.

Es compatible esta Orden con la insigne del Toison, pero no con otras, esceptuando las personas reales, y los que ya tengan la banda de San Genaro. Las insignias del caballero pensionado, son incompatibles con las cuatro órdenes militares de España, Malta, San Luis, y otras de igual naturaleza. Pero sobre esto hay varias prevenciones bien dispuestas en las constituciones de esta real y distinguida Orden, como tambien acerca de la nobleza de los caballeros pensionados, fondo y goce de la pension, que es de cuatro mil reales.



LA GUERRA

Y SUS ESTRAGOS.

Los intereses de los países tienen diversos móviles que les sirven de resorte é influyen en sus altos designios: una paz sumamente prolongada, haria estéril á la nacion que la gozara, y conduciría á sus habitantes á la voluptuosidad y al desarrollo de sus pasiones; por eso es á veces necesaria la guerra; pero este derecho es muy peligroso, y debe por lo mismo ejercerse con mucha cordura y circunspeccion. Hablando Vattel de la facultad que tienen los hombres de emplear la fuerza para reparar, defender y conservar sus derechos, dice con aquella profundidad que le caracteriza: "Un derecho de tanta importancia, esto es, el derecho de juzgar si la nacion tiene un verdadero motivo de quejas, si se halla en el caso de emplear la fuerza, de tomar las armas con justicia, si la prudencia se lo permite, si el bien del estado á ello le invita; este derecho digo, no puede pertenecer sino al cuerpo de la nacion, ó al soberano que la represente. Es sin duda este derecho uno de aquellos sin los cuales no se puede gobernar bien, y que se llaman *derechos de magestad.*" (1)

Nosotros consideramos en general que obra con bas-

(1) *Derecho de gentes, lib. III, cap. I, § 4.*